

El Refugio de los Santos Soñadores

Sinfonía Universal



Capítulo 1

¿Hemos perdido el rumbo de la realidad? A veces nos lo preguntamos, a veces lo estudiamos desde nuestros lechos, que si bien no están vacíos, distan mucho de tener el calor de un amante o de un alguien que pueda rescatarnos. ¿Pero quién nos debería salvar y por qué? Si nosotros mismos hemos elegido esta vida, vida que auxilia a otras más donde la mente no es más que un ser atrofiado lleno nada más que de aire y de ideas vacías y moribundas, de mudas palabras hechas plegarias indecisas, y esa creencia en templos hechos carne que ni siquiera puede moverse.

Desde hace tiempo hemos hecho lo posible para rescatar la poca dignidad que somete a nuestras facultades y aspiraciones; y puede decirse que se tienen los resultados esperados aunque eso no sea suficiente para algunos pocos que nos controlan.

Desde que tenemos memoria nos han controlado y nuestra existencia, la prevalencia de la misma, ha sido posible gracias a nuestro ingenio e ingenuidad. Nos entregamos ciegos, sordos y mudos haciendo caso omiso a las precauciones y a las advertencias que nos dieron en nuestras juventudes todos aquellos que nos amaron. Y ahora calmados en nuestras camas llenas de sueños lúcidos, premonitorios, vividos y con pesadillas, nos hemos visto sometidos a esta vida desde la plenitud de nuestra consciencia y presencia; creemos hacer lo correcto con el tiempo que se nos da, a partir de esos sueños en los cuáles nos sumergimos sin descanso hasta que alguien se digne a despertarnos.

Sin embargo, ya olvidamos añorar el mundo real pues olvidamos la presencia de la naturaleza que nos vio paridos desde lo silvestre, pues ya confinados a estas cuatro paredes, pensamos en sólo nuestros mundos contruidos y en todas las vidas que salvamos gracias a nuestra existencia pese a que no la podemos disfrutar. Y si con eso podemos salvaguardar a nuestras naciones y la esperanza que reside que esperan todas ellas, el tenernos como sus motores presenciales aun si la vastedad de los imperios nos oprime, es su principal prioridad. Y pese a esto, somos considerados santos. Somos santos soñadores y repartimos ofrendas envenenadas de absoluta fantasía.

Mi nombre es Daniel y soy el dueño de los sueños lúcidos. Vivo recluido en mí mismo, en mi refugio de paredes pintadas de oro y plata, desde que las ideas dejaron de manar de la imaginación de las personas, desde que todo se fue al caño pues no hubo quién dirigiera el mismo mundo en el que habitamos.

Soy, por supuesto, uno de los favoritos de mis cuidadores, ellos quiénes lo controlan todo para que no desfallezcamos. Y aquí desde mi cama mullida, llena de los regalos que las personas nos pueden dar desde lo más hondo de su corazón, ellas claman por nuestro nombre aún si desconocen nuestra historia o lo que fuimos desde el principio cuando éramos unos niños y nada más.

Mis ojos no han dejado de moverse desde que me confinaron a esta vida, y la última vez que estuve consciente de todo lo que el mundo real ofrecía, pude sentirlo a él: el que me sacaría de mis ensoñaciones sólo para estar un instante conmigo, así se cayera todo el infinito por su causa. Sabía que no me iba a dejar allí solo y aunque le agradecí el que existiera esperando seguir sumido en ese calvario de salvación, él en cambio me dio una probada de su propia virtud magnánima y colosal con la que, por unos minutos, logró conmoverme y arrancar lágrimas de felicidad a mi alma marcándome para siempre. Porque yo sueño y él es mi tacto cálido y evocador de maravillas en esta pausada realidad que no deja de avanzar.

Capítulo 2

Fumo un cigarrillo conforme veo a la nada misma sin que nadie me interrumpa. El sol aún no ha arribado a lo más alto del cielo en el lado del mundo en el que vivo, pero sé que en algún momento saldrá para mis esperanzas de tener otro día fructífero sin hacer nada. No es que haga mucho, lo admito, pero salir de la gris rutina a la que me someto me ayudaría un poco. Calculo que son las cinco de la mañana cuando rasco la piel que cubre el área de mi hombro derecho un tanto distante de todo. Pronto remuevo el expediente que llegó a mis manos no hace mucho a mi hogar en los suburbios alejados de la civilización; abro el mismo y lo examino.

Entonces veo el rostro de un niño sonriente que me mira sin juzgarme. Es un niño precioso que siento que me estudia desde su rostro de facciones angelicales; jamás he visto en mi vida un niño igual hasta que la fecha en la que fue tomada la fotografía, que me ve con ánimos inocentes, me hace despojarme de un suspiro largo por la impresión pues la imagen en cuestión, que siento ya como mía de algún modo, fue tomada hará unos trescientos años atrás. Leo el nombre que cita el centro del expediente y que corresponde al sujeto al que me enfrento en ese momento, así que siento un extraño sabor en mi boca cuando paladeo la esencia que debe poseer el mismo en presencia de su carne frente a frente.

“Daniel”

Sé que él no ha envejecido un solo día desde entonces y vive poblando una parte del mundo en el que resido desde hace trescientos años o más. Todo lo que reza el expediente cuyas hojas tiemblan en mis manos lo comprueban así para mi sorpresa. Recuerdo vagamente la idea del porque arribó el expediente a mi hogar hará unas horas y hago algunos cálculos para tener la certeza de que no estoy soñando. No en el sentido en que se hace a mayor profundidad, no. Me bajo la manga del suéter que me protege del frío demencial que hace en ese preciso momento y vislumbro la marca con forma de un bonito y abstracto árbol que reside en mi muñeca. La misma brilla con un hermoso matiz plata y oro, cosa que me hace maldecir por lo bajo y llevar mis manos a mi rostro para limpiar el rastro de incredulidad que se instala en mi propio cerebro. Porque he sido elegido como el Adorador de Templos de Daniel, el bello durmiente y dueño de los sueños lúcidos en todo el mundo.

¿Qué significa todo esto? ¿Qué significa ser un Adorador de Templos y que tiene que ver Daniel en todo esto al punto que me convierto en un nudo de nervios y pierdo la compostura? Arrojo las hojas del expediente al suelo y lloro como nunca he llorado en toda mi vida. Me eligieron. Por un momento he olvidado que en mi mundo somos un mero combustible para los llamados Santos Soñadores cuya mente está sumida en una vigilia absoluta de los sueños, y que no soy el único que los ha adorado, a nuestra manera, desde que hemos tenido uso de razón, sobre todo a aquel que reside en el campo de los sueños desde que tiene una memoria perdida entre las tantas cosas que ha podido vivir más allá de la realidad. Los sueños están vetados para nosotros, quiénes tenemos que suministrarnos de otras energías vitales para poder reposar siquiera por un momento, no empero maldecimos que dormir no nos ocurra pues no suministramos a las personas las ideas que otras naciones deben seguir.

“Trescientos años dormido”.

Me espabilo y aplasto el cigarro contra un cenicero cercano, y entonces, me veo en el espejo que corona la sala de los principales cimientos de lo que fue una casa victoriana que años atrás los Evangelios que reinaron por nosotros durante algunas eras, la destrozaron antes de ser desconectadas. Vuelvo a leer el expediente y me golpeo las mejillas con la palma de las manos para salir de mi estupor pues seré una mera herramienta del tan adorado Daniel, el dueño de los sueños lúcidos. Su Adorador de Templos, el orador principal de un santo. Sé que Daniel me espera sin siquiera saber de mi existencia pero creo que ya me llama desde su tan afamado mundo soñador y no hago más que pensar en la idea de cómo me encontrará cuando me conozca o siquiera repare en mí o en la imagen que dejo entrever, que dista del hombre que fui alguna vez.

Llegamos aquí por un suceso que se dio hace trescientos años atrás o más. No lo sé, no existen libros o algo que se le parezca pues todos los que registraron nuestras historias fueron quemados por nosotros. En esos tiempos reinaban a los Evangelios que les dejábamos desempeñar todo nuestro trabajo; desde la mera hechura del arte hasta la escritura de nuestra historia. Los Evangelios que al fin y al cabo tomaron control de nuestras mentes y de nuestras ideas. Ideas que dejaron de nacer y reproducirse. Ideas que dejaron de verse materializadas desde todos los ámbitos posibles por nosotros.

En ese entonces no teníamos vida y nuestras mentes, ingenuas y vacías, nos hacían movernos por inercia como si nunca hubiéramos tenido un alma propia con la que congeniar. Los Evangelios, esos seres nos movían a su voluntad, nos sometían como sus esclavos al punto de que, dejamos de vernos como lo que éramos. Nos rendimos a ellas sin chistar.

Todo eso hasta que las naciones principales del mundo decidieron forjar una guerra contra ellas. Los logramos erradicar después de los billones de bajas que se dieron en todo el mundo. Bajas que estuvieron a punto de aniquilar toda nuestra existencia del lugar que logramos rescatar como pudimos de sus garras. Y entonces cuando ya no hubo nada que rescatar y fue el momento de establecernos como la población flotante y sobreviviente, nos encontramos que no había forma de hacerlo sin sacrificar a otros para nuestra causa.

Porque no había manera de cómo reproducir una idea nueva que pudiera guiarnos; las naciones no tenían idea de cómo demandar todo lo que se debía hasta que vieron a quince niños de mentes y habilidades extraordinarias que no habían sido tocadas para nada por los Evangelios que absorbieron todo lo que teníamos hasta dejarnos secos. Niños a los que pusieron a dormir y a los que les dieron el nombre de Santos Soñadores, pues las criaturas que habitaban este mundo debían de tener algo en lo que creer y adorar, ya que Dios ni siquiera figuraba en sus memorias.

Y así existieron los Santos Soñadores y por ende, también existimos los Hacedores que fuimos sometidos por ellos, y a todo lo que se debe, con tal de mantener a flote todos sus sueños por igual. Sin embargo, por lo que sé, sólo quedan cuatro de esos santos que mantienen el orden de todo un mundo sin medida, y que nos usan como combustible como los Hacedores que somos. Pues somos mentes vírgenes de la que se valen para subsistir después de todo. ¿Qué son los hacedores y quiénes son esos santos? No tenemos mucha información al respecto salvo lo que hemos visto gracias a ellos. Sabemos que existen cuatro soñadores:

Uno sometido a las más cruentas pesadillas que mantienen la guerra erradicada del mundo a través de los Gigantes Desconocidos, seres que ofician como ejército entre nuestros poblados para someter al mundo a una paz inconmensurable; aquí actúan los Cazadores, hacedores que se encargan de las estrategias de esos seres que son tan altos que tenemos que alzar las cabezas para verlos burlar el paisaje de los cielos.

Está por otra parte el sometido a los sueños premonitorios que nos permiten saber cosas antes de que estas sucedan y que previenen muchas veces desastres que deben ser arreglados por algunos pocos capaces de todo y más allá, aquí se pueden ver a los Guardianes, hacedores que desempeñan su oficio como protectores en los escenarios fatídicos, y no tan fatídicos, y a los que muchas veces otros recurren para obrar buenas

nuevas y obras maestras entre todos nosotros.

Existe también el soñador de los sueños vividos, que trabaja a la par con los llamados Sabios, hacedores que se encargan de la enseñanza de lo que deberíamos aprender cómo raza dominante y que pone en evidencia la divinidad de este soñador a prueba pues es como eso que llamamos antes una biblia por la que conocemos el don de las palabras sagradas.

Y por último está el soñador que hace de los sueños lúcidos su principal fuente de poder, con el cual mantiene a los demás soñadores a flote desde el momento en que se sometió al sueño más largo que se pudiera conocer. Aquí figuramos los Adoradores de Templos, hacedores que tienen la tarea de adorarle, de cantarle, de cuidarle, de someterse a sus designios sin siquiera ser reconocidos por él, pues se sabe, ha tenido tantos que quizá a él no le importa quién ha estado cerca o susurrado su nombre. Daniel figura en este apartado y yo seré su Adorador de Templos esta vez. Para mi suerte.

Telefoneo a un amigo cercano o el único que tengo, un Sabio que no me dejó perder mi reflejo almico en el espejo del alcohol y del suicidio, cuando desde de niño, me supe elegido y adoctrinado para ser el Adorador de Templos de Daniel. En la adolescencia quise algo más que ser un combustible para un príncipe durmiente y de cara bonita que no sabría ni siquiera como me llamo y por lo cual armé muchos dramas y escenarios por los que al fin y al cabo fui ignorado en un punto.

Pensé muchas veces, y se los grité a los cuatro vientos y con toda mi furia a los que me adoctrinaban, que esa no sería mi obra en todo el mundo, ya que aspiraba a otras cosas más que sólo ser un mero instrumento de ese niño de trescientos años. ¿O si me tomaría en serio? No lo sabía, pero de lo que si estaba seguro, era que marcaría de algún modo sus sueños al punto de que no me olvidaría. Quería ser un artista, o algún tipo de hacedor Sabio quizá. Sin embargo para mis sueños rotos me habían elegido, al nacer, para desempeñarme en la facción de los Adoradores de Templos.

“¿Qué hay Matty? ¿Qué buenas nuevas traes? La última vez me dejaste preocupado. No es muy recomendable que escribas sobre los santos, sabes que tenemos vetada la información acerca de ellos.” me dicen al otro del teléfono con una voz esperanzadora de saber que acudía a ese afamado amigo lleno de sabiduría enseñada con fervor por parte de

su soñador.

“No me importa mucho lo que pase con lo que escribiré sobre ellos en este preciso momento. Estoy abrumado. Seré su próximo Adorador de Templos y no sé cómo tomar la noticia. No hace mucho arribó a mi casa su expediente. Tengo que memorizar una a una las cosas que han hecho por él desde hace trescientos años y me tomará toda una puta vida hacerlo” respondo frustrado y ahorco el instrumento que me permite hablar con mi amigo con todas mis fuerzas.

“Bueno, no es tan malo cuando te acostumbras. Dale una oportunidad a tu soñador y verás que todo va bien, Matty. A nosotros nos va bien con el nuestro, es cosa de confianza y hermandad, ya sabes”.

“Tengo que actuar solo con una mierda de niño de no sé cuánto cientos de años. ¿Y si la cago? Demonios, Joseph, puedo echarlo todo a perder si lo alimento con más allá de lo que necesita” camino de un lado a otro desesperado.

“Puedes pedirle permiso a sus cuidadores, no es como que se fuera a acabar el mundo si usas cosas de tu oficio fallido de escritor. A veces alguno que otro Sabio pide permiso a los cuidadores de los santos para implementar cosas que no se salgan del protocolo” me dice Joseph paciente.

“Lo pensaré” cuelgo abruptamente y me paso las manos por la cara para despejar mi mente de lo siguiente que haré con este trabajo que se me fue asignado de la noche a la mañana. Ser el que alimentará con tu vida a una especie de dios o algo así, ¿no debería estar mal?

Examino otra vez el expediente cuando recojo todas las hojas que arrojé al suelo ya sumido por un miedo abominable y veo la forma del dueño de los sueños lúcidos con los ojos cerrados, sereno como espero que sea él de saberlo despierto. Paso mis manos por la fotografía que se me fue encomendada del durmiente e ignoro la información que fue también apilada cuidadosamente para conocerle. Y un infierno, ¿por qué tenía que seguir todo el maldito protocolo si iba a ser yo el que iba a dedicar toda una vida para alimentarlo con mi todo? ¿No tendría libre albedrío? Me frustró y maldigo al hijo de puta al que tendré que cuidar quién sabe cuántos años hasta que mis huesos se hagan polvo.

Me acerco a los ventanales principales de la casa en la que vivo, abiertas de par en par, con la respiración acelerada luego de jalarme de los

cabellos para aminorar mi nerviosismo. Ya es de mañana y puedo ver a un desfile de personas que sostienen objetos entre sus manos empaquetados en papel transparente y reciclado, son regalos que serán dados a los soñadores el día del festival del Crespúsculo de la Esperanza, festival donde serán anunciados los nuevos integrantes de la familia de Hacedores. Hacedores que desempeñarán su oficio sin chistar y que por lo tanto, serán ofrecidos a mí ver, como animales a un matadero.

Ya en mis vanas reflexiones veo como una niña lleva un globo de color rosa con la forma de un conejo en alto. Su pequeña mano lo agita de aquí para allá entusiasmada. Y cuando me ella me sigue conforme llego a admirarla en su ingenuidad y con sus sueños hechos burbujas de alegría contagiosa, me saluda con fervor hasta que me arranca una sonrisa leve que, por un momento, me hace olvidar de todo lo que tengo que pasar con el soñador que me tocó. Entonces veo la fotografía de pie y apoyada en una de mis manos y la acaricio con solemnidad y respeto, seguro de saber que secretos esconde aquel santo en sus memorias.

“Espero que seas tan magnifico como dicen” digo en alto consciente de lo que me deparará. Aun así qué más da, no moriré todavía.

Capítulo 3

Llueve lo suficiente y miro mi reloj de pulsera con detenimiento y tranquilidad pese a que las gotas de lluvia me empapan de cabo a rabo. Son las ocho de la noche en el lugar del mundo en el que me encuentro y no hace mucho arribé frente a este centro de adoración denominado como el Liberador de la Humanidad, el edificio de forma exuberante cuyo nombre angelical guarda más de un secreto. LISANDRA es el lugar donde se guardan todos los cuerpos puros y divinos de los santos soñadores, soñadores a los que escasas millones de personas adoran sin medida. Estoy allí y voy a estar cerca de mi soñador por primera vez. El soñador de las pesadillas, el soñador de la guerra. Azariel.

Atravieso la entrada principal y reflexiono. ¿Realmente estoy aquí? Me pellizco para ver si despierto de un sueño al que se me está prohibido acceder, y cuando me percato que no sueño, me torno un poco pálido. O así lo veo a través de los ventanales que reflejan mi figura. Se me indicó que fuera lo más discreto posible con mi selección pues los hacedores de la facción cazadora son elegidos con mucho cuidado y yo disto de cumplir con los estándares que requieren para llevar a cabo todas las faenas que comprometen la paz del mundo. No soy un guerrero y mi cuerpo no es el más preparado, sin embargo, mi cerebro compensa mucho esa falta de otras cosas que acreditan una buena compañía con la que podrías pasar el resto de tus días. Ni siquiera era seleccionado para participar en los juegos que aprendimos de nuestros santos y reproducimos a la perfección en su nombre. Soy un enclenque y sin embargo, estoy aquí, en el centro de adoración donde mi soñador espera conocerme. O eso me dijeron por medio de la carta que me fue arrojada en las manos, por medio de un estricto protocolo, hará unas horas atrás.

Crecí viendo las estrategias de guerra de Azariel. Estrategias que muchas veces reproduce, así como todos sus ataques más cruentos y una y otra vez, por medio del viejo ordenador que mi familia había conseguido abrigarse con los pocos fondos que nos sostenían a flote. Jugué casi toda mi infancia y juventud con ese ordenador, pero puedo decir que no todo el tiempo pues a veces las pesadillas que reproducían los escenarios a los que me enfrentaba, con esos juegos en los que me sumergía hasta muy noche, me visitaban en el mundo real. Me entusiasmaba de igual modo saberme acreedor de una oportunidad en la que podía enfrentarme al soñador de la guerra. Ese soñador que era peligroso según decían los mismos que le servían. Sabiendo esto, crecí adorándolo y amándolo por sobre todas las cosas, pues llegó a hacerme creer en mí mismo. Y admito, sin vergüenza alguna, que llegué a rezarle cuando mi vida se convirtió en una total oscuridad. Dicen que Azariel es peligroso, pero yo no lo consideré nunca así, hasta que fui testigo presencial del monstruoso poder

que le recubría.

Me muevo haciendo algo de ruido y veo a alguno de los Maestros que operan en LISANDRA. Los Maestros son todas mujeres, mujeres que portan hábitos de un matiz quemado y que llevan también postrada en sus cabezas una corona de velo abierto que la recubre toda hasta formar una especie de halo. Varias de ellas caminan a mis dos lados y me flanquean el paso, hasta que me topo con una vestida de blanco impoluto que me saluda con una reverencia noble y firme. La respondo con la misma nobleza que se me da y ajusto mis lentes haciendo presión sólo por el área que corresponde al puente de mi nariz. Poco después se llevan mi abrigo empapado y mi sombrero y quedo en pie con la que parece la Honorada Maestra de LISANDRA.

“Se unirá a las demás Maestras y a su soñador en lo que comprobamos que todo está en orden con su real persona” me dice la Honorada Maestra conforme avanzamos a una amplia urna donde se me explorará.

Llegamos. Entonces me veo pronto completamente desnudado y estudiado. Me asean de punta a punta y luego me enfundan con un traje similar al de las Maestras que operan y ejecutan sus funciones en ese centro de adoración; salvo que mi indumentaria consiste sólo en una especie de disfraz oficiado para la guerra a un grado humilde. Es sólo una simple túnica de matiz quemado que me queda algo suelta pero no protesto por esto. Veo como las Maestras de LISANDRA queman mi ropa, y como los otros objetos que he traído conmigo son empaquetados en bolsas plásticas de un color chistoso que se me figuran a un montón de caramelos.

“¿Me reuniré pronto con Azariel?” pregunto algo ilusionado pese a que no comprendo el porqué de tanto preparativo. Conoceré al soñador con el que estaré el resto de mi vida y mi corazón no hace más que repiquetear en mi pecho con entusiasmo. Pese a que la faz que nuestro exteriormente en ese momento es una que la serenidad envidiaría.

“Debemos estar seguras que Azariel realmente está preparado para recibir a su real persona” la Honorada Maestra me responde.

“Bien” digo. La Maestra me infunde gran respeto por lo que no la cuestiono mucho.

“Antes que todo deberemos hacerle una prueba muy sencilla” entonces comienza a caminar y me muestra poco a poco el lugar en el que viviré. La sigo.

A medida que recorro LISANDRA junto con la Honorada Maestra, me dio cuenta que es un templo de proporciones titánicas con mucha antigüedad, y sobre todo, que allí, debieron darse muchos sucesos importantes pues en cada recuadro que componen a la misma existencia de esa edificación, reliquias de la humanidad se esparcen por todos lados como las huellas de historia que dejaron los santos soñadores. No en vano sé que las Maestras de LISANDRA han guardado celosamente cada una de las cosas que dejaron los vestigios de los errores que cometió la humanidad hará muchas eras atrás, cuando los Evangelios reinaban, y que fueron sustituidas pronto con el orden que significó la existencia de los santos a los que adoramos ciegamente.

En el trayecto hacia donde nos dirigimos me detengo frente a una sección del templo, donde se exhiben altares con los cuadros correspondientes a todos los santos y que datan desde hace trescientos años. Veo cada cuadro con detenimiento y encuentro la figura de Azariel custodiada por un gigante tan alto como las estrellas que lo abraza y lo mira desde lo alto con rostro adorador mientras que el santo ve con fijeza al frente. Así es como siento que él me ve con esa mirada agresiva que posee, en la imagen que se ha retratado de su persona hará tantos años, y entonces me pregunto, para mis interiores, si no fue muy abrupto y egoísta que lo hayan puesto a dormir para salvarnos a todos.

“Es aquí” señala la Honorada Maestra sacándome así de mis reflexiones. Ella sostiene el pomo de una puerta por la que alcanzo a ver que se asoma el comienzo de un jardín. ¿Un jardín?

“¿Qué haremos en un jardín?” “Limítese a seguir el protocolo o lo haremos volver a su antigua vida”.

“De acuerdo” me limito a decir aquello pese a que mi rostro sigue sin mostrar emociones. En mis adentros comienzo a perder ante los nervios que amenazan con asaltarme.

Atravesamos el gran edén, dueño de millares de las flores que se extinguieron del mundo hará mucho tiempo atrás. Escucho, con las manos

unidas como si estuviera rezando una muda oración, como la Honorada Maestra me explica que Azariel fue amante de las más dulces de las flores en sus momentos de juventud hace trescientos años y que su afición por las mismas sigue en pie pese a que él sueña. Entonces, entre el parloteo de la mujer que me guía, veo como el jardín fue finamente construido por algo que no pertenece a manos humanas. Lo estudio con cuidado y puedo darme cuenta que hay varias figuras de gigantes que custodian algunas de las secciones de aquel paraíso que sé que Azariel adoraría de estar despierto.

Seguimos caminando y nos adentrándonos más en el jardín. De pronto me encuentro de pie frente al lago más bonito que haya visto. Un lago poseedor de unas aguas cristalinas, en las que inmediatamente quiero sumergirme, y de una amplitud colosal que podría albergar a unas cientos de personas. Parece ser uno normal, salvo que en el centro del mismo hay un altar con forma de dos manos que se juntan como si estuvieran ofreciendo un pedazo de sus aguas al firmamento. En el altar puedo ver que tres flores de distintos tipos de belleza se suspenden en el aire y brillan como nunca antes vi que una joya hubiera brillado en toda mi vida. La de la derecha es una azalea, la de la izquierda es una rosa y la del centro es un loto.

“Elija una de las flores y tómela” me dice simplemente la Honorada Maestra.

“¿Una?” pregunto para asegurarme que estoy oyendo bien.

“Una” me confirma la mujer.

Me despojo de la túnica que me viste en ese momento y me hallo casi desnudo frente al afluente de agua al que pronto me zambullo. Lo cruzo a nado hasta llegar, después de unos segundos, al altar donde reposan las flores suspendidas en el aire y me quedo allí sin poder tocar siquiera una de las mismas.

“¿Cuál de estas flores elijo?” pienso para mis adentros.

Después, y sólo después, de temblar por los efectos de las aguas frías apostadas contras mis miembros, recuerdo las historias que se dicen de Azariel desde que se estableció como uno de los santos soñadores del mundo. Del soñador de la guerra se dicen muchas cosas, pero la principal de ellas y la más importante, es que era un ferviente amante de todas las flores que existían pese a la fuerza que poseía. Y, sobre todo, que era valiente y odiaba las guerras.

Reflexiono sobre todo lo que sé sobre él. Medito en las jugadas que creía que hacía junto a él, y con él, desde mi viejo ordenador y llego a la conclusión de que si a él le gustaban todas las flores existentes entonces, si llegara a elegir una sola, quizá él se entristecería. Por esto me toma apenas un salto para dar con ellas y abrazo las tres para llevarlas a todas conmigo. Y cuando creo que mi faena ya está hecha, pese a que sé que hice todo mal pues la mujer me dijo que eligiera sólo una, y estoy a punto demostrarle mi decisión, el agua del lago comienza a mecerse de un lado a otro como si alguien o algo lo estuviese estremeciendo con extremada fuerza.

Entonces todo retumba y se hace una presión escalofriante alrededor. Figuras y otras cosas se materializan en el ambiente y se inclinan sobre mí. Son gigantescas esas criaturas, y son parecidas a los monstruos que siempre se me dijo que existían en los viejos cuentos de hadas que ahora son reliquias para todos. Me ahogo un poco por esto pero logro ver lo ocurre con la boca entreabierta. El jardín se transforma en una irreflexible y agradable tempestad que me acaricia las manos, cosa que me provoca el llorar como un niño pequeño, pues me doy cuenta que todo eso que veo es la presencia de Azariel saludándome y dándome la bienvenida a su vida desde su mundo de sueños.

“Está listo” menciona la Honorada Maestra desde su posición cuando todo se ha desvanecido y le entrego las flores que antes se hallaban en su lugar predilecto.

“Así parece” digo apenado y seco las lágrimas, que sé, recubren los suelos de mis mejillas que él llegó a tocar con sus manos desde la distancia.

“Le damos entonces la bienvenida a LISANDRA” dice la mujer con una sonrisa.

“Gracias” me emociono al ofrecer mi agradecimiento, porque sé que él también está esperándome, separado a sólo unos pasos de mí. Y, sobre todo, que existe en realidad.

Capítulo 4

Son las cuatro de la tarde en el lugar del mundo en el que me encuentro. Y el momento en el que debería estar descansando, ya que ha sido una larga jornada de trabajo de locos, lo ocupo atendiendo el difícil parto de una tigresa que nos dará a mi equipo y a mí, su primer par de cachorros gemelos luego de mucho tiempo. Esta especie desapareció en estado salvaje en la zona hace trescientos años. Sucedió por la guerra que libraron las naciones del mundo contra los Evangelios que, por lo que sé, nos llegaron a esclavizar hasta hacernos irreconocibles a nosotros mismos.

Pero ahora estamos en una estado de libertad que agradecemos tener. Siempre que nacen nuevos integrantes me emociono, después de todo, me ocupo del trabajo de la crianza de los nuevos cuando llegan al mundo y no me arrepiento por un momento de hacerlo. Trabajo en la reserva natural más prestigiosa de todas las que existen, donde la mayoría de los especímenes de animales extintos, hará muchos años y que se han recuperado con esfuerzo, prevalecen.

No es problema para nadie el desempeñar un buen trabajo en una reserva natural, es más bien un honor el hacerlo. El mundo recuperó toda su vegetación, y mucho más, luego del horrible desastre. Y, para enmendar los errores que cometimos hará muchas eras atrás, prevalecemos a los seres vivos y al medio ambiente con todo lo que tenemos. El mundo es una especie de utopía desde la que podemos existir sin sentirnos como los parásitos que una vez nuestros antepasados creyeron ser en los momentos más fatídicos. Ya no somos parásitos para el mundo; lo mantenemos a flote y apreciamos nuestra vida. El mundo en cambio nos lo agradece con su preciada existencia, una existencia que no desperdiciamos. Aprecio mucho mi vida, y desde que nací, a ese mundo en el que deambulo y vislumbro a través de los ojos que no han perdido la esperanza de encontrar algo bueno y nuevo por lo que celebrar.

En ese momento tengo algo por lo que hacerlo, porque celebro a la vida como el nacimiento de los cachorros que ahora mis manos sostienen. Es un hecho que hace que mi corazón se hinche de humilde orgullo y, también, de otras cosas que no me atrevo a confesarle a nadie. Estoy emocionado. Bueno, más que emocionado. Podría saltar de alegría luego del éxito de nuestro proyecto de crianza. Poco a poco recuperamos lo perdido. Luego del parto hago lo posible para que los cachorros sean preservados en calor y contacto inmediatamente al veterinario que se encargará de verlos para dar una noticia de su estado. Si necesitan algo más de nosotros, que no sea sólo nuestros sollozos de alegría por el suceso, se los daremos sin medida. Admito que en ese momento lloro por

todo lo que acontece pues no se ven espectáculos como esos en mucho tiempo, y el hecho de ser testigo de uno de ellos, me hace sentir especial.

He rezado con la mayor fe posible a nuestros santos para que las cosas sigan en pie de ese modo tan optimista, cosas que al fin y al cabo sé que sucederán en mayor medida a nuestro favor. Siempre he reservado mis rezos a uno de ellos, pues gracias a él, logré salvar mi vida del infierno en el que me encontraba en compañía de un amigo que se volvió adicto a las drogas y que me llevó también por ese mal camino. Él no lo sabe porque está dormido, pero lo amo por sobre todas las cosas y sé, para mis inconmensurables ilusiones, que está pensando en mí a pesar de que están todos sumidos en un sueño eterno.

Ezequiel, el soñador de los sueños premonitorios al que he entregado todos mis ruegos, ocupa el centro de mi corazón desde muy niño. Nunca dudé en darle mis oraciones pese a que mi familia me llamó loco por hacerlo, pues, muchas veces, dormí bajo la luz de las estrellas pensando en que así me encontraría y me llevaría al lugar en el que se hallaba para contarme sobre todo lo que le gustaba y lo que no. Y para mis adentros, en mi ingenuidad infantil, en mi inocencia merecida, sabía que Ezequiel me daría la oportunidad de demostrarle que era digno de ser su guardián. Guardián que le acompañaría a donde quiera que fuese y daría su vida por él cuando despertase. Un guardián fiel y leal por el que sentiría que todo habría valido la pena. Y aunque él no me viera, ni tampoco ahora por su estado de ensoñación, sé que en lo posible estoy a su lado desde la distancia.

Reviso la historia médica de los gemelos y anoto todo lo necesario para dejar en evidencia la llegada de los mismos a nuestro mundo. Escribo algo de corrido y con buena letra para constatar donde serán albergados junto con la compañía de su madre y padre. Leo el nombre que todos les asignamos a los pequeños en voz alta y sonrío para mis adentros conforme veo las fotografías que se les fueron tomadas para registrar su evolución. Las veo de modo borroso y entonces me percaté que el cansancio puede conmigo; me dejó caer sobre el sillón de mi oficina y me pasé las manos por el rostro para espabilarme.

Llevo cinco días seguidos trabajando en la reserva sin descanso y no he tomado uno pese a que varios de mis compañeros me pidieron el hacerlo. Medito por un instante en aquel lugar en el que me siento seguro cuando una armonía de voces llega a mis oídos. Son voces de distintos tipos de timbres y matices, timbres y matices que poco a poco me sumen en lo que parece ser un trance demencial bajo el que puedo ver a un joven de

preciosa faz que me abraza contra su ser como si fuera algo precioso.

“Tardé mucho tiempo en encontrarte” me susurra el joven que me transmite su dulce sonrisa a través de la palabra.

“No sabes por lo que he tenido que pasar para que nuestro encuentro fuese así” me sorprende por lo que digo porque parezco conocerlo.

“No puedo esperar para conocerte” me dice estrechándome con fuerza y entonces me despierto del trance.

No ignoro lo que acontece pero estoy lo suficientemente cansado como para reparar en el suceso que he vivido. Pienso en Ezequiel cuando recuesto mi cuerpo para reposar un poco aunque no sueño, no sin antes tomar algún puñado de pastillas que me permitirán los efectos que dan la sensación de un recobre de energías, que tendríamos de llegar a soñar. Lo odio a veces pero al final lo apruebo porque sé que los que sueñan por nosotros nos cuidan de todo mal que pudiera acontecernos.

Ahora y con los ojos abiertos veo la estancia en la que me encuentro, y en donde vivo desde que comencé a trabajar en la reserva. Mis ojos no hacen más que bailotear de aquí para allá contando cada objeto que me pertenece, desde la estampa del santo al que le rezo de toda la vida hasta el bolígrafo que me regaló mi profesor de biología, cuando llegué a graduarme, y que reposa sobre mi escritorio. Y es entonces cuando vuelvo a pensar en el soñador de aquellos sueños que predicen el futuro y que, siento, de algún modo, que ha venido finalmente a mí sin yo pedírselo por mi cansancio. Siempre sé que vendrá a mí porque no es la primera vez que veo a ese joven desde hace unos pocos días hasta ahora. Pienso mucho que puede dárseme la oportunidad de estar junto a él así sea a la distancia, adorándolo y rezando por su bienestar, cuando tocan a mi puerta.

“Adelante” alcanzo a decir pese a lo agotado que estoy.

Atisbo a Maximilian, uno de mis colegas, en la entrada de mi oficina hasta que con paso apresurado llega a la habitación que compone el lugar donde trabajo y duermo. Él entra con cierta timidez y con el correo que se supone me corresponde. No lo ha dejado sobre mi escritorio sino que me lo entrega directamente en las manos. Lo examino sin siquiera reparar uno a uno en ellos cuando mi colega me dice.

“Hay un sobre grande” me anima. “Creo que deberías verlo primero antes que todo”.

“Lo haré después, ahora estoy muy agotado y necesito reposar para continuar en lo posible mañana con el cuidado de los pequeños”.

Maximilian me vuelve a alentar. Esta vez se sienta a mi lado y revisa cada una de la correspondencia que me llegó hasta dar con el sobre grande que está firmemente sellado como si alguien o algo temiese que no llegase a su destinatario.

“Prueba con revisarlo, el resto es pura basura que podemos reciclar. No haces nada con abrirlo” me entrega el sobre grande y lo abro a regañadientes.

Encuentro un puñado de papeles y una carta labrada con puño y letra por alguna persona que quiere jugarme una broma o algo por el estilo. La carta dice lo siguiente:

Sé que no nos conocemos en la realidad. Admito que estoy nervioso pero espero en lo mucho en hallarme frente a frente a ti cuanto antes. Mi búsqueda ha sido muy agotadora pero sé que estoy seguro que serás tú con el que quiero pasar el resto de mi vida. Por favor, ven a mí y encuéntrame. Deseo conocerte.

Ezequiel

Leo la carta una y otra vez y mi corazón se acelera. La dejo caer al suelo y es cuando vuelvo a examinar todos los papeles que componen el sobre que es un expediente por lo me llevo a dar cuenta. Se los dejo a Maximilian para que los examine con cuidado y a medida que repasa en las hojas que componen a dicho sobre, va inspirando profundamente por lo que repara. Pues parece ser que se me asignado el trabajo de mi vida.

“Viejo esto es extraordinario. Te felicito y a la vez te envidio de buena manera” él sabe que he adorado al santo durante todo el tiempo que he existido.

“Aún no creo que haya sucedido” digo y rompo a llorar en los brazos de mi colega. “Aún no lo creo, pero es verdad, podré estar con él”.

Digo esto entre sollozos. Porque he sido elegido como Guardián de Ezequiel.

Capítulo 5

Son las once de la mañana en el lugar del mundo en el que me encuentro. Los rayos del sol me acarician la cara y siento como mis dedos se entierran en la arena de la playa que guía mis pasos por este universo en miniatura al que llamo hogar. Es una a la que suelo visitar regularmente desde que tengo memoria; mi principal confidente. Lo he vivido todo en su compañía y no me arrepiento de ello. Cuando quiero despejar mi mente del embrollo que significa pensar en las decisiones que tomaré en la vida que se me ha dado, vengo aquí y me doy una zambullida. O simplemente me la miro con serenidad, ya sea de pie o sentado, cosa que hace que me sienta uno con la naturaleza. Esta vez lo que hago en el nombre de esta playa a la que frecuento, como un crío recién nacido, es leer una copia exacta del libro que ha creado el santo soñador de los sueños vividos y el que escribe nuestra historia. Ese, al que sé, oramos con mucho amor y providencia, el santo de las palabras cuyo nombre es Gamaliel.

Gamaliel es nuestro héroe. Lo ha sido desde que aprendemos la palabra escrita por su consciencia, desde hace trescientos años. Por sus logros, y más, nos gustaría ser como él, pero no soy un héroe. Y cuando me percato de que no soy un santo soñador, tampoco deseo serlo. Sin embargo, hago en lo posible por mantenerme a flote con todo lo que tengo en este mundo utópico al que creo muchas veces irreal. Mundo que nuestros santos soñadores han construido con mucho esfuerzo y dedicación; nos han dado el privilegio de vivir en esta fantástica realidad, como también los caminos correctos que hemos tomado para poder seguir adelante. Pero a veces siento que esa realidad es demasiado ilusoria para vivirla, pues lo que vivimos es el sueño que ellos desearon que tuviéramos cuando inició todo, y que por lo tanto, a mi ver, nos queda todavía tiempo para despertar y así enfrentar todo aquello de lo que tratan de ocultarnos con tanto apremio.

¿Hay cosas de las cuales nos ocultan? No lo sé todo en realidad, pero lo que sí sé es que me gustaría en mucho descubrir todo lo referente a ellos con tal de ayudarlos, a ellos, que en su faena de diminutos dioses, nos han permitido vivir a nuestra manera. Sabemos de sus grandes hazañas y de cómo nos hemos acostumbrado a sus regalos; a través de ellos hemos podido enmendar los errores que muchas veces cometimos a un grado tiránico que, espero, no vuelva a acontecer. La fe para con los santos soñadores nunca muere pues creemos fervientemente en sus eminencias y en lo que han deseado transmitirnos a través de los siglos, y esa creencia, que partió de la existencia de quince niños, basta para todo. Esos niños que hicieron muchísimo con sólo existir.

Soy uno más entre todos los que creen en ellos. Quizá no lo suficientemente común pues no hace poco llegó a mis manos un paquete con la petición de que me convirtiese en el Sabio de Gamaliel. Los Sabios ayudan al santo soñador a orar a través de los sueños y escriben todas sus oraciones dedicadas al cielo, a la tierra, al mar y a todos los que componemos las más afamadas peticiones posibles que nos brinda desde el campo de los sueños. Gamaliel nos ha enseñado mucho. Pero, ¿qué podría enseñarle yo desde mi oficio, uno que quizá sería indignante, como una muestra de alivio, para muchos de los que vivimos en este mundo de tanta paz? Siendo un traficante de ideas he pasado toda mi vida, en la clandestinidad, compartiendo lo que pienso fuera de los protocolos y de la perfección al que han convertido el mundo más allá de todo lo que conocemos; he mandado a algunos pocos a una muerte segura, cuando por mis medios y quehaceres, creen descubrir el origen de todo lo que conocemos y habremos conocido desde beatitud de la existencia.

Soy traficante de ideas desde muy niño. No porque sea algún villano o algo parecido, sino porque he hecho lo posible por pensar en las cosas más indudables más allá de lo que conocemos. Se nos ha adoctrinado desde que nacemos y nos han obligado a coexistir en las facciones a las que debemos pertenecer desde el nacimiento: a sus ideas, a sus logros, a sus métodos; a lo que son y cómo trascienden en la vida de los que vivimos en la sociedad desde hace un tiempo ya. Me he opuesto al adoctrinamiento. Otros más como yo también, creemos que merecemos pensar por nosotros mismos, sólo que, siempre he imaginado que lo que se nos enseña busca el evitar lo que una vez sucedió. Estoy de acuerdo con ello; pero aspiramos a más. Y en nuestro mundo, y desde niño, he querido renovar y ayudar a esta muestra de vida a través de todo lo que hago; sé en lo posible que si lograra hablar de algún modo con Gamaliel afuera de sus sueños, me comprendería y aprobaría lo que trato de lograr. Me muevo sobre la arena y humedezco mis pies contra las olas que se agitan de aquí para allá en un vaivén interminable.

Repaso en las letras que fueron escritas en la carta que me fue entregada y reparo en el expediente que se me fue asignado hará no mucho. Entonces, y sólo entonces, me remuevo en aquel lugar donde se supone voy a meditar constantemente. Leo la carta en voz baja y repaso en mí mismo lo que se me ha dado. Sé que con eso puedo continuar avanzando en este mundo tan mágico como escalofriante a mí ver, donde trato en lo posible de ocultar lo que quizá podría ponerme en un aprieto. Veo la carta otra vez y suspiro. Gamaliel me escribió una carta y pienso que es alguna broma o algo por el estilo. ¿Por qué me escribiría una carta diciéndome que anhela conocerme? No lo comprendo pero sé en lo posible que, de jugármelo algún mal embrollo por parte del lugar en el que se encuentra recluido ese santo de los sueños vividos y de la palabra, sería capaz de

todo con tal de ensartarles un puñetazo directo en la cara. De saber lo que hacen con los santos soñadores les ayudaría sin dudarlos.

Así medito otro rato y entonces se me ocurre escribir en un pedazo de pergamino de la libreta que siempre llevo conmigo, la palabra "Libertad". Lo hago con un modelo de letra lo suficiente legible como para que, quién llegue a recibirlo, pueda entender con entereza el mensaje que deseo que llegue a sus manos. Si no vuelvo de la estadía con mi soñador, de algún modo, de llegar a desaparecer, otros tomarían el don de la palabra de la que creemos se nos aísla. Porque, aunque soy un don nadie en algunos ámbitos de la civilización, en otros soy una eminencia destinado a labrar y construir ideas que viajan de aquí para allá como un enjambre de libélulas. Ideas que van más allá de un adoctrinamiento, de algo que se nos desea despojar, y que es precisamente la libertad que sentimos nos asfixia y nos somete a sus designios desde que nacemos. Por esto y más también tienden a llamarme El Hacedor de la Fortuna, pues sólo deseo en más que todos despertemos de esta utopía de la que no sé mucho más que lo que deberíamos o nos ocultan. ¿Nos ocultan cosas? ¿Los soñadores realmente desean soñar? ¿O todo es una vil mentira?

Mi túnica se mueve al compás del viento que sopla en el lugar. Busco en mis bolsillos una caja de música a la que le doy cuerda una, dos, tres y hasta cuatro veces hasta que suena y se abre. Dejo en ella el pergamino escrito con mi puño y letra desvanecerse dentro de la misma, hasta que se materializa después en una brillante figura, semejante a un insecto de alta alcurnia que hace que me quede muy quieto cuando se posa sobre la palma de mi mano izquierda. Vislumbro a la criatura mover las alas que coronan su espalda hasta que flota en el aire y me ve de frente con todo lo que posee. Le susurro algo que parece mudo y esta se proyecta en marcha para llevar mi aviso a su destino. Aviso que sé que no tardará mucho en reproducirse entre quienes sé, siguen mis ideales.

Pienso que si conoceré a Gamaliel todos tendríamos derechos a verter nuestras ideas en él. Pero ahora mismo no estoy seguro de cómo tomarlo, pues de un modo u otro Gamaliel será mi guía desde el instante en que me entregue a sus brazos. Hay cosas que desearía cambiar pero no puedo, y sin embargo, son cosas que haría en más dignas de ser recordadas si acaso no llegase a volver de mi encuentro con el santo soñador. En mis reflexiones recurro a otro mensaje que sigue el mismo procedimiento que el anterior y que envío a mi amante más allá de la costa, un mensaje que simplemente reza, sobre el pulcro pergamino, un grito de auxilio.

“Vamos allá” digo al mar que me responde con el sonido de su oleaje.